

V

Papel que una niña representa en esta historia.

Sus rayos esparcía
 Ya próximo al zenit el sol ardiente
 En cielo azul y limpio al otro día,
 Cuando del un extremo, al Occidente
 Del jardín principal, donde habitaban
 Domésticos y esclavos, tierna niña
 Salió de su tugurio y, al halago
 Del manso viento que refresca el lago
 Y embalsama el olor de la campiña,
 Adelantóse ufana
 Entre las verdes plantas y arboleda.—
 Del jiloxóchitl con astucia vana
 Quiere asir la gentil borla de seda;
 De su empeño desiste;
 Corta y huella la flor que del leopardo
 La piel manchada, al parecer, se viste;
 Se aleja con temor del rudo cardo;
 Del floripundio de oriental perfume
 Agita las campánulas de armiño
 Lanzando el cuerpo sobre el débil tronco;
 Y, sus antojos sin poner a raya,

Con empuñado mimbre arrancar quiere
 De la extendida mata que se adhiere
 A la hendida pared, rubia papaya.

Con el gusto inefable
 Que al ver que es libre y de sus pasos dueño
 Y que cumplir su voluntad le es dable,
 Todo vivace pequeñuelo siente,
 Sin recelar el afectado ceño
 De solícita madre o fiel sirviente;
 Esta de cinco abriles mariposa
 Ora de flor en flor vaga afanosa
 Y contempla su faz en clara fuente
 Cuyo derrame en el jardín circula,
 Ora pretende con tenaz empeño
 La canción recordar, que al fin modula,
 Con que la arrullan por la noche el sueño.
 Y de césped, que brilla
 Con el rayo del sol, en ancha zona,
 A semejanza de ágil cervatilla,
 Trisca y salta y se tiende juguetona.

No distante del césped,
 En escampado porque más resalte
 El matiz primoroso de su esmalte
 Que la esmeralda y el topacio afrenta,
 Atrae a poco su atención prolija
 Rastrera lagartija
 De que la niña apoderarse intenta.
 Tímido el animal, huye haciendo alto

De añoso tronco en la raíz nudosa,
 Y al ver que su enemiga codiciosa
 Le sigue, torna a huir con sobresalto:
 Corre a lo largo del jardín ameno,
 Y del estanque al pie, cuya agua riza
 El céfiro, se mete escurridiza
 De oscura grieta al escondido seno.

Tarde llegó tras ella
 En su inútil afán la criatura,
 Y del estanque en la musgosa grada,
 Mal ceñida la regia vestidura,
 Serena como siempre la faz bella,
 A la gentil Papantzin vió sentada.—
 Incapaz todavía
 De comprender la muerte ni lo raro
 De tal visión, espanto no sentía:
 A que se agrega que miró bañarse
 Allí más de una vez a la señora,
 Sin esclavas cual hoy, a aquesta hora;
 Y en su infantil razón nada hay extraño
 En que, si bien difunta y enterrada,
 Sintiéndose en la tumba acalorada,
 Salga de ella a tomar de nuevo un baño.—
 Con señal expresiva la princesa
 La incita a que se acerque, y cuando acude
 Solícita la niña, de recelo
 Sin el menor asomo,
 La dice en grata voz como del cielo:
 «Llámame a la mujer del mayordomo.»

Al llevar su embajada,
 Ésta la respondió:—«¡Niña inocente!
 La princesa está muerta y enterrada.»
 Tírala del huepill la mensajera
 En que salga insistiendo impertinente,
 Y la buena mujer, casi enojada,
 En ir con ella afuera
 Sólo por darla gusto al fin consiente.
 Mas, no bien a Papantzin vió sentada,
 Sintió cual si en sus venas convertida
 La sangre fuese en hielo,
 Y, de terror transida,
 Perdió el conocimiento y vino al suelo.

Tan funesto accidente
 Asusta a la entendida pequeñuela:
 Dél a dar a la madre aviso vuela;
 Otras mujeres al lugar acuden
 Y cayeran también si en blando acento,
 A ellas la faz tornando cariñosa,
 No las dice Papantzin:—«Estoy viva
 Y al mayordomo hablar quiero al momento.»
 Y como aquí, sin otra consecuencia,
 Termina la ingerencia
 De la cándida niña en esta historia
 Cierta de todo punto aunque esté en verso,
 Para dejar de lo demás memoria
 Voy a escribir capítulo diverso.

VI

Los reyes de Acolhuacán y de México ante la princesa.

Llegado a su presencia el mayordomo,
Ordénale Papantzin dé noticia
Del caso singular al rey su hermano;
Pero en obedecerla aquél vacila.

—¿Cómo el rey lo que diga ha de creerme?
Pensará que me burlo y de su ira
Provoco la explosión.—Pues ve a Texcuco
Y dí a Netzahualpil de parte mía

Que venga a hablarme.» El servidor se aleja
Y al palacio Papantzin se encamina,
Y al verla andar domésticos y esclavos
Juzgan que es sueño y más y más se admiran.

Pocas horas después a Tlaltelolco
El sabio rey de Acolhuacán arriba,
Dirígese a la alcoba y en sus labios
De la incredulidad lleva la risa;

Mas cuando cerca está de la princesa
Duda no tiene ya de que es la misma

Que enterraron ayer, y al saludarla
Pasmo y temor en su ademán se pintan.

—Ruégooos que, yendo a México al instante,
Digáis a Moctezuma que estoy viva
Y que le quiero hacer revelaciones
Que atañen a la azteca monarquía.»

Cumplió Nezahualpili aqueste encargo:
Recibió Moctezuma su visita;
Y, aunque le oyó sin distracción ni enojo,
Crédito dar no pudo a lo que oía.

Sólo por no agraviar a su aliado,
Con él y numerosa comitiva
De nobles y señores que lo asisten,
De Tlaltelolco el rumbo toma aprisa.

En la sala al entrar donde le espera
Impaciente Papantzin, él la mira
Con inefable asombro.—¿Eres tú, hermana?
Pregúntala con voz desfallecida.

Su diestra ella le alarga y le responde
En cariñoso acento:—Soy la misma
A quien ayer dejaste en el sepulcro;
Mas tu actitud depón, que me hallas viva,

Y quiero lo que ví comunicaros,
Pues que con tal misión sólo me envía

Desde la eternidad de nuevo al mundo
La inescrutable voluntad divina.»

Luego toman asiento los dos reyes
Permaneciendo en pie la compañía
De nobles y criados, y Papantzin
Lo que voy á contar habló en seguida.

VIII

Narración de Papantzin.

«No bien perdí la vida, o, si increíble
Os pareciere aquesto, fuí privada
De razón y al dolor quedó insensible
El cuerpo de mi espíritu morada,
Por el aire con ímpetu terrible
He sido a llano inmenso trasportada;
Llano sin cavidad, choza, ni monte,
Ni más límite y fin que el horizonte.

«En el centro hay camino, dividido
En diferentes sendas tortuosas,
Y cerca un río va que con bramido
Ronco sus aguas lleva cenagosas.

A la contraria margen me decido,
Como cediendo a fuerzas misteriosas
Que me impelían, a pasar a nado,
Cuando gallardo joven ví a mi lado.

«Bella la faz y grande la estatura,
Cual la nieve que manchas no consiente
Era blanca su larga vestidura
Y como el claro sol resplandeciente.
Dos alas y ceñida la cintura
Lleva, y esta señal le ví en la frente:
(Diciendo así, con arte peregrino
Su diestra de la Cruz formaba el sino).

«Contemplábale absorta y en sus ojos
Brillo descubro de celeste llama;
Herida de temor, caigo de hinojos,
Álzame al punto y bondadoso exclama:
—«No atraveses el río; sus enojos
Apacigua el Señor porque te ama
Y te reserva perdurables goces,
Aunque hasta agora tú no le conoces.»

«Mi corazón latió con más sosiego
En presencia de tales maravillas:
Llevóme de la mano el joven luego
A visitar del río las orillas:
Ví huesos calcinados por el fuego
Y rotas calaveras amarillas;

Oí gemidos de dolor y espanto
Que inspiran compasión, mueven a llanto.

«Del río al ancho cauce me convierto,
Y unos barcos en él grandes y raros
Con gentes cuyo traje y faz no acierto
Por lo extraños que son a descifraros,
Ví acercarse a las márgenes y advierto
De su intención hostil signos muy claros:
Hace brillar el sol por todas partes
Yelmos y escudos, armas y estandartes.

«—Dios la existencia prolongarte quiere,
Dice el joven tornando a hablar conmigo,
Porque de la mudanza que se opere
En tu infeliz nación seas testigo.
Ese clamor que tus oídos hiera
Lo arranca a tus mayores el castigo
Dado a sus almas, del error manchadas
Y a padecer eterno condenadas.

«Los que allí ves llegar rubios varones
De noble faz en ademán guerrero,
Tras recio batallar, estas regiones
Conquistarán al filo del acero.
Han de venir con ellos las nociones
Del soberano Bien, Dios verdadero
Que sacó de la nada cielo y tierra
Y cuanto alumbra el sol y el mar encierra.

«Terminada la lid, baño sagrado
Que las impuras almas regenera,
Se ofrecerá al gentil de Dios llamado
Y habrás de recibirlo la primera.
Vuelva del seno del sepulcro helado
Y ardiendo en caridad y fe sincera,
En tu nación, por voluntad divina,
El apóstol serás desta doctrina.»

«Dió a sus palabras fin; cual humo al viento
Desvaneciósse el venerado guía;
Correr la sangre en mis arterias siento. . . .
Palpo la cueva tenebrosa y fría;
La losa sepulcral quito al momento,
Mis ojos ven la claridad del día;
De mi palacio en el jardín me hallo,
Y lo demás, pues lo sabéis, lo callo.»

VIII

Conclusión.

Atónitos quedaron los monarcas
Y los señores y el vulgar gentío,
Sin poder recusar el testimonio
De lo que ven y escuchan ellos mismos.

Alzóse de su asiento Moctezuma
Torva la faz y el ánimo afligido;
De nadie se despide, y se encamina
De su palacio a un apartado sitio,

Do en épocas de luto se recoge
De los negocios lejos y el bullicio,
Presa de la tenaz melancolía
A que siempre inclinóse desde niño.

Dejó de visitar de sus mujeres
El oculto retrete favorito,
Los salones de fieras, los estanques
Y de Chapultepec el bosque antiguo

Donde el sol no penetra y al impulso
De los vientos de otoño hacen ruido
Semejante al del mar en la ribera,
Sus ramas agitando, los sabinos.

Volver a hablar con su amorosa hermana
Mientras vivió el monarca jamás quiso.
Los áulicos en vano le aseguran
Que tiene trastornado ella el sentido,

Y que son sus visiones y palabras
Efecto de su falta de juicio.—
Moctezuma a presagios anteriores
De su resurrección liga el prodigio,

Y contempla en tal hecho, que le pasma,
Y en las revelaciones, cierto aviso
Del que a su pueblo y trono el alto cielo
Ha señalado ya fatal destino.—

¿Qué mucho que al llegar hasta su corte
Los que el vulgo proclama del sol hijos,
Indómitos guerreros agrupados
En torno del pendón de Carlos Quinto;

Los que en tubo delgado el fuego encierran
Y a salir dél lo fuerzan a su arbitrio,
Y a que la muerte dé con ronco estruendo
Semejante del rayo al estallido;

Los que en tropel sobre el indiano cargan
Con la furia de rauda torbellino,
Cándida la color, barbado el rostro
Y cabalgando en brutos jamás vistos;

Los que tras ruda lid, como aliados
Traen a sus vencidos enemigos,
De la ilustre Tlaxcala defensores,
De quienes Xicoténcatl es caudillo;

Al llegar hasta el centro del imperio
Seres de audacia tal ¿qué mucho, digo,
Que, viendo Moctezuma en cuanto pasa
El cumplimiento de altos vaticinios,

En el cuitado corazón de menos
 Eche el valor y generoso brío
 Con que a México dieron sus mayores
 Lustre y fama inmortal, nuevos dominios;

Y, en vez de conducir su pueblo el paso
 A disputar al invasor altivo
 La libertad común y cetro y vida
 Perdiendo allí si tal era su signo,

Con fiestas y regalos humillantes
 Le reciba en palacio en son de amigo,
 Y no le indigne que el ibero ponga
 Ley a su voluntad, a sus pies grillos?

.....

Lidiaron otros con fortuna adversa,
 Mas con valor que admirarán los siglos.
 Sus brazos amorosos la Cruz luego
 Tendió entre vencedores y vencidos.

De su doctrina santa a la influencia
 Llegaron a formar un pueblo mismo,
 De cuya ardiente fe dan testimonio
 Los templos que nosotros destruimos!

Papántzin, que vivió desde el suceso
 En estas breves páginas descrito,
 Extraña al fausto de la egregia corte
 Y a la abstinencia dada y al retiro;

En las regiones del antiguo imperio,
 Al tremolar el pabellón de Cristo,
 Fué la primera en recibir el baño
 De las sagradas aguas del bautismo.

Tomó en él de MARÍA el dulce nombre,
 Y, a su ejemplo, el idólatra gentío
 Deja las sendas del error y acude
 A los rediles del Pastor Divino.